

Xavier Roca-Ferrer

EL MONO ANSIOSO

Biografía de la angustia, la melancolía,  
el hastío y la depresión

arpa



*Quicquam gratum acceptumve sepulchris...*

*A la memoria de Mario Praz (1896-1982),  
mi mejor maestro*

*«Soltanto gli esseri intelligenti provano noia».*

GIACOMO LEOPARDI

*«L'angoscia vera è fatta di noia».*

CESARE PAVESE



«Aunque los conceptos que la definen pueden parecer obsoletos, la historia de la melancolía sigue interesando por al menos dos razones. Fue una de las formas cardinales de la locura en el pasado y su nombre resume toda la historia del humoralismo, pues parte de la *melan cholé* o “bilis negra”, uno de los humores activos reconocidos en la medicina de Hipócrates y Galeno que tienen sus equivalentes en el sistema clásico de la medicina ayurvédica de la India. [...] Su historia consiste en la de una experiencia humana innata de sufrimiento convertida en una figura o modelo cultural. Como estado de ánimo o emoción se halla en el centro del ser humano: sentirse triste, en baja forma o infeliz, desanimado, desilusionado, deprimido, melancólico, etc. es algo que forma parte de la normalidad de la experiencia de una vida».

FRANCIS ZIMMERMANN

«Durante la mayor parte de la historia de Occidente, la melancolía fue una idea cultural central que mostraba, explicaba y organizaba el modo en que la gente veía el mundo y cómo los unos veían a los otros, enmarcando normas sociales, médicas y epistemológicas. Hoy, en cambio, es una categoría insignificante de muy poco interés para la medicina o la psicología, sin que explique ni resuelva nada. [...] ¿Fue la melancolía del Renacimiento algo cercano a lo que los antiguos llamaban con el mismo nombre? ¿O fue la melancolía, como una parte natural de la condición humana, a partir del Renacimiento y después, algo distinto de la *melancholia*, el trastorno identificado por los griegos? ¿Hasta qué punto las descripciones previas de la *melancholia* como trastorno llegaron a anticipar lo que luego se conoció como depresión clínica?».

JENNIFER RADDEN

«Frente a una realidad de estrés generalizado y de una infelicidad endémica, la evolución de la psiquiatría, y tal vez también de la neurociencia, van en el sentido de medicar la infelicidad. La psicología positiva intenta que el malestar individual desaparezca convenciendo al individuo de que tiene que ser capaz de vivir de otra forma y sortear las frustraciones de un mundo dividido en perdedores y ganadores».

VICTORIA CAMPS



## SUMARIO

INTRODUCCIÓN	13
I. El miedo y la angustia: parecidos pero distintos	23
II. La angustia en tiempos históricos	35
III. La muerte y otros miedos en Grecia	45
IV. El descubrimiento de la melancolía	53
V. Gloria y servidumbre de la melancolía	61
VI. Helenismo y angustia: la curación por la filosofía	69
VII. <i>Taedium vitae</i> : la angustia en la República romana	81
VIII. El <i>taedium vitae</i> en la época imperial	91
IX. Del <i>taedium</i> de los clásicos a la acedia medieval	105
X. Entre el asco de vivir y el terror de morir	121
XI. En la corte de <i>Dame Merencolye</i>	131
XII. Renacimiento y melancolía	139
XIII. Melancolía, reforma y satanismo	149
XIV. Arte y melancolía	159
XV. Melancolía y literatura	173
XVI. Robert Burton y su <i>Anatomy of melancholy</i>	185
XVII. La melancolía en tiempos del barroco	195

xviii. La angustia en el <i>Grand Siècle</i>	209
xix. Las Luces contra el <i>mal de vivre</i>	223
xx. Arte, horror y suicidio bajo las Luces	241
xxi. Angustia y revolución	263
xxii. La angustia romántica I: de Madame de Staël a Alfred de Musset	281
xxiii. La angustia romántica II: la religión de los románticos	303
xxiv. El declinar de la agonía romántica	313
xxv. El <i>Weltschmerz</i> de Beethoven a Wagner	329
xxvi. De la melancolía clásica a la depresión moderna	341
xxvii. Pesimismo, nihilismo y locura	353
xxviii. Bajo el signo de Freud: depresión, suicidio y psicoanálisis	373
xxix. Angustia y modernidad: los existencialistas	391
xxx. El gusano invisible	403
xxxi. La democratización de la melancolía	411
NOTAS	429

## INTRODUCCIÓN

«Solo existe una musa: Melancolía. Es Talía y Mepomene.

Inspiró a Milton y a Miguel Ángel, a Swift y a Hogarth.

Todos los hombres de genio son melancólicos, sobre todo los que se dedican a lo cómico. Los hombres (me refiero a los que no son meros animales) pueden dividirse en tres clases según su melancolía. Los que persiguen lo infinito en contraposición con lo finito, los que buscan lo infinito en lo finito y los que pretenden rebajar lo finito en comparación con lo infinito.

A la primera clase corresponden filósofos y teólogos; a la segunda, poetas, enamorados, conquistadores, avaros y especuladores; y a la tercera, los autores satíricos, los cómicos, los bufones, los misántropos, los misóginos, los epicúreos y los *bon-vivants* en general».

HARTLEY COLERIDGE

### UNA EXPOSICIÓN EN VERONA

Entre los meses de septiembre de 2003 y enero de 2004 estuvo instalada en el palacio Forti de Verona una espléndida exposición que llevaba por título *La creazione ansiosa da Picasso a Bacon*. Tuve ocasión de verla y el acierto de comprar el catálogo, que he conservado en mi biblioteca. La exposición, de pintura y plástica, recorría el arte occidental del siglo xx bajo la perspectiva de la

continuada presencia del ansia, de la angustia, de la incomodidad de existir. El artista, a veces triunfador y sin problemas materiales (Picasso, Giacometti y Bacon, sin ir más lejos, murieron muy ricos), en cuanto catalizador de la angustia de la sociedad de su tiempo, una angustia generalizada que, como aquella torre inclinada de la que nos habla Virginia Woolf en su famoso ensayo, le provocaba un vértigo, una incomodidad a veces difícil de concretar pero que marcó de forma indeleble su arte. La exposición no era meramente «histórica»: muchos de los artistas representados viven todavía y siguen creando (Auerbach, Baselitz, Sherman) y otros han muerto hace relativamente poco (Bourgeois, Tàpies). En cuanto al resto, no pocos nos dejaron entre los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

George Minois nos cuenta en la presentación de uno de sus mejores trabajos<sup>1</sup> que las autoridades culturales de París habían programado para 2003 una exposición dedicada a la melancolía, para la cual el comisario, Jean Clair, estuvo trabajando nada menos que cinco años. Clair decidió al final renunciar a su proyecto y en una carta de 10 de octubre de 2001 dirigida a la Dirección de los Museos Nacionales explica por qué: «Esta exposición, que va de Durero a Anselm Kiefer, me descompone. Me han dado a entender que el tema es demasiado “deprimente” a lo largo de los coloquios internacionales sobre la melancolía en los que no ceso de tomar parte». El proyecto de exposición quedó aplazado *sine die*.

Está claro, concluye Minois, que los responsables culturales, morales, políticos y económicos del mundo occidental prefieren no hablar de la melancolía, la depresión, la angustia, el pesimismo, porque su repetición mina la moral de los hogares cuando el lema de la civilización occidental de los últimos cincuenta años (desde que la Europa liberal y democrática y Estados Unidos salieron del trauma de la Segunda Guerra Mundial) era el derecho de todos sus ciudadanos (casi una obligación) a ser felices. Algunas constituciones y proyectos constitucionales han recogido con letras de neón el «derecho a la felicidad» de

los súbditos, algo que a los constitucionalistas del siglo XVIII y principios del XIX ni les pasó por la cabeza. Quizá lo daban por descontado.

A pesar del pesimismo de las clases intelectuales de aquel tiempo, que cristaliza en la idea (a veces convertida en obsesión) del *mal du siècle* o *mal de vivre* al que se refieren Chateaubriand, Musset, Nerval y Baudelaire (todos ellos autores que vivieron el fracaso de la Revolución francesa), los políticos del primer tercio del siglo XIX de tradición ilustrada y optimista como Jefferson y Payne allende los mares o Sièyes, Constant y los redactores de la constitución de la monarquía de *Juillet* en la vieja Europa, estaban convencidos de que la libertad, tal como ellos la entendían y defendían, arrastraría forzosamente consigo la felicidad general. Incluso la religión empezó a ser combatida pacíficamente (no de forma brutal como había ocurrido cuando la irreligiosidad revolucionaria tomó la calle durante el Terror) por hombres sabios y tolerantes como Rénan o Thiers, porque, decían, atormentaba las mentes del *bon peuple* con ideas tan siniestras como el pecado original o la condenación perpetua.

Con todo, hay que reconocer que no solo la religión con sus terrores ni el nihilismo con sus angustias explican el malestar espiritual que se ha apoderado de la sociedad occidental en los últimos dos siglos. También han contribuido fatalmente a su expansión las revoluciones agrícola e industrial desde el siglo XVIII y XIX que tantos puestos de trabajo eliminaron, el crecimiento desordenado de la población profetizado por Malthus, el desbordamiento anárquico de las aglomeraciones urbanas y la paralela desertización del mundo rural, la fe ciega en el progreso desarrollada a lo largo del siglo XIX y su frustración, los nacionalismos egoístas y ensimismados cuando no ciegos, dos guerras mundiales terribles, el liberalismo a ultranza generador de paro y miseria, las utopías comunista y socialista, las políticas descolonizadoras, que, saludadas con júbilo por los ingenuos, han desembocado en la creación de estados de funcionamiento desastroso, el temor a posibles guerras no convencionales —atómica

y química— y la guerra fría entre las potencias europeas, hoy quizá en trance de renacer.

A ello habría que añadir las esperanzas puestas en el Estado de bienestar a partir de la segunda posguerra y el desencanto subsiguiente, tan palpable en la actualidad, que ha dado lugar a la crisis generalizada de la socialdemocracia, una ideología que en su día se tuvo por panacea universal, el retroceso sufrido por las políticas y los planes de educación, el renovado conflicto con el mundo islámico, que se creía liquidado con el fin de las Cruzadas y la descolonización de Oriente Medio, y la explosión descontrolada de la informática tanto en la esfera de los servicios como en la de la comunicación, que no solo ha generado en el mundo del trabajo consecuencias peores que la revolución industrial, sino que también ha abierto la puerta a la enloquecida y funesta cultura del tuit, el blog y el Facebook.

No es ajena a todo ello, al menos en el mundo occidental, la crisis de valores tanto culturales (especialmente los relacionados con la historia, la literatura y el arte) como religiosos y cívicos, una crisis que se trata de combatir (¿o fomentar?) mediante planes de estudios facilones para que tontos y perezosos no se sientan injustamente discriminados con asignaturas «buenistas» que no sirven para nada. A ello hay que añadir la desestructuración de las familias, el consumismo desenfrenado, la degradación de los entretenimientos, el aculturalismo generalizado, la pérdida del sentido crítico, atacado desde el populismo más ramplón, una *corrección política* hipócrita y nefasta, la competencia desahorada y, para colmo, el estrés que provoca a todos los niveles el *mot d'ordre* de «realizarse», que nadie sabe a ciencia cierta cómo debe interpretarse, y la decadencia del modelo americano, hasta hace algunos años considerado el desiderátum de los pueblos libres. Hoy las otroras míticas Stanford, Yale, Columbia, Princeton, Harvard, etc., se han convertido en centros «de saber» ensimismados en el multiculturalismo y otras sandeces pretendidamente «progresistas» que vegetan al margen de una sociedad dividida en *winner*s y *loser*s, ganadores y perdedores, la mitad

de la cual aún cree devotamente en el creacionismo y condena a Darwin a los infiernos baptistas, y que, en su conjunto, ha dado la presidencia a un tipo como Trump...<sup>2</sup>

## EL OCASO DE LOS SUPERHÉROES

El inesperado ataque a las Torres Gemelas seguido del episodio del vuelo 93 ocurridos el 11 de septiembre de 2001 (por no hablar de los ulteriores atentados vividos en Madrid, París, Berlín, Londres, Manchester, Bruselas y Barcelona) han contribuido notablemente a minar la sensación de seguridad que el fin de la Guerra Fría había propiciado en el ciudadano de a pie. Lo ha analizado brillantemente Terry Kading en un trabajo sobre los efectos de este acontecimiento (el del 11S) sobre un imaginario americano poblado de superhéroes capaces de evitar en el último instante el desastre planificado por el supervillano de turno.

Fue el fracaso palpable de los servicios de inteligencia del país más poderoso del mundo, pero también el de los Superman, Spiderman, Batman, Wonderwoman, Capitanes América y *tutti quanti*, salvadores universales que reinaban desde los años treinta del siglo pasado sobre el papel en quioscos, parques, hogares, televisores y pantallas cinematográficas de los cincuenta estados de la Unión. Ninguno de ellos movió un solo dedo. Claro está que no podían moverlo. Los ulteriores atentados en suelo europeo contaminaron el planeta entero, añadiendo un motivo más de desazón al ciudadano. Como señala Kading, hay un antes y un después de los atentados de Nueva York, y el periodo que les ha seguido «se ha visto marcado por un intento de restablecer un contexto de seguridad colectiva e individual». Escribe:

Ni siquiera la Guerra Fría había dado lugar al mismo tipo de miedo del 11S, a pesar de una preocupación legítima ante una posible aniquilación masiva derivada del enfrentamiento de los poderes nucleares del bloque soviético y la OTAN. [...] Aunque aún carece-

mos de una definición aceptable del concepto *globalización*, había un consenso generalizado sobre el hecho de que sus efectos suponían una debilitación de la autonomía y los poderes de los estados individuales. [...] Aunque no dudamos de sus buenas intenciones, ignoramos los planes de los estados para defendernos. Tampoco pedimos detalles: solo sabemos que vivimos bajo una amenaza constante. Otra consecuencia, quizá la peor, del ambiente derivado del 11S se resume en que debemos ampliar los límites de nuestra imaginación y aceptar que el potencial del supervillano anónimo es inmenso. [...] A la amenaza nuclear se han incorporado la química, la biológica, las explosiones, la radiación, etc. [...] A partir de esta atmósfera inusual estamos viviendo la vida de un superhéroe de papel, pero sin ninguna de sus ventajas. Y no cabe pensar que, en un momento decisivo, aparecerá en el cielo el Batmóvil ni se dejarán ver en el horizonte los Cuatro Fantásticos<sup>3</sup>.

Ya con anterioridad al 11S Minois había escrito en su magnífico estudio sobre *la mal de vivre*: «Nuestra época contempla la banalización de la depresión»<sup>4</sup>. Después del 11S quizá haya que afirmar que la depresión generalizada ya no es tan banal.

## LOS FILÓSOFOS DEL APOCALIPSIS

Después del doloroso trance de dos guerras mundiales, a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo las iglesias y el pensamiento conservador en general tendieron a atribuir este clima generalizado de desazón a la difusión del ateísmo de los Feuerbach, Marx, Rénan, Freud y Bertrand Russell, y a la filosofía negativa de especuladores como Kierkegaard, Nietzsche, Husserl, Heidegger, Sartre y Camus, teóricos del *Angst* los primeros y gurús del existencialismo los últimos. Sin embargo, ninguno de los seis trajo la angustia al mundo y de estos notables pensadores cabe decir lo mismo que un ilustre historiador de las religiones escribió sobre el origen de las mismas: ni Moisés ni Buda ni Zoroastro ni Jesús o Mahoma *fundaron* una religión. Los cinco fueron, cada cual en su época y en su tierra, ca-

talizadores surgidos de una encrucijada de aspiraciones espirituales preexistentes sin las cuales ninguna de sus enseñanzas hubiese surtido efecto. Sus religiones se fueron formando poco a poco recuperando o reinterpretando las palabras que se les atribuyeron.

En este sentido, los filósofos y sanadores del ansia (denominación bajo la cual subsumimos lo que históricamente se ha llamado en los campos filosófico y médico angustia, melancolía, acedia, *mal de vivre*, *Weltschmerz*, *ennui*, *spleen*, *Angst*, ansiedad y depresión) se alimentaron de un substrato de ideas y realidades que ellos absorbieron gracias a su mayor sensibilidad y conocimientos, en cierto modo codificaron y luego explicaron a los que los escucharon y leyeron. A ello hay que añadir que fue a partir del siglo XIX, quizá por el contraste que ofrece con el optimismo de que habían alardeado todas las Ilustraciones, cuando el pensamiento pesimista y ansioso se popularizó entre las elites intelectuales, y el viejo concepto de melancolía, aparecido en Grecia, y sus sinónimos dieron lugar definitivamente en medicina al de depresión<sup>5</sup>.

Arrumbadas las viejas teorías humorales y mecanicistas, las intuiciones de Darwin y el alba de la psiquiatría llevaron al hombre a interesarse en serio por su propio funcionamiento interno y a preguntarse sobre el origen de una desazón o un ansia que, por resultar difícil de entender y justificar por causas solo externas y palpables (guerras, epidemias, hambrunas, etc.), se había dado hasta entonces por «descontada» casi como una «herencia de la carne» más, por usar las conocidas palabras de Hamlet. Desde los griegos se la venía llamando *melancolía*. Poco a poco, el concepto dejó de aplicarse a una dolencia más o menos concreta para desplazarse a un estado de ánimo vago cuando no a «objetos», como paisajes, músicas o poemas: «Musset fue un hombre melancólico», «la música de Schubert suena profundamente melancólica», «los paisajes de Caspar David Friedrich respiran melancolía», etc. En este sentido se ha mantenido hasta hoy y mucha gente sigue emocionándose con la melancolía de películas como *Casablanca*, *Breve encuentro* o *El doctor Zhivago*.

El objetivo del presente trabajo es explicar cómo esta angustia viene de lejos, aunque en determinadas épocas se ha dejado sentir con una mayor definición (durante el Renacimiento y el barroco, en el siglo llamado de «las Luces», con el advenimiento del romanticismo, en los años del *fin de siècle*, en el tiempo que precedió y en el que siguió a las dos guerras mundiales (cuando los intelectuales franceses pusieron de moda el existencialismo y este contagió a los americanos) y, *nota bene*, en nuestros días. También nos referiremos a las principales corrientes artísticas y a algunas obras maestras que ha inspirado, que no son pocas. «¿Qué sería de la cultura occidental si se eliminaran todas las obras que la melancolía ha inspirado?», se preguntaba Minois en 2003.

El natural instinto de conservación del hombre ha intentado ponerle a salvo de esta desazón, no siempre con éxito. Unos se han lanzado a «consolarse» con satisfacciones inmediatas (drogas, bebida, sexo o una pasión enfermiza por el ajedrez o los lepidópteros). Otros lo han aceptado como una maldición bíblica que les ha amargado todos los días de su vida o los ha conducido al suicidio. Finalmente, un tercer grupo ha tratado de hallar un compromiso con su demonio particular y capear con la mayor inteligencia posible sus melancolías, tristezas y pesimismo. El arte ha representado un gran papel en este compromiso, y es en este tercer grupo donde hallamos a tantos creadores que nos han dejado bellísimos testimonios de su angustia. En el siglo pasado estos últimos han contado con la psiquiatría, primero a través del psicoanálisis, que no ha dado los resultados salvíficos que se esperaban de él, y, a partir de los años sesenta, con la medicación psicotrópica<sup>6</sup>.

En el tema que vamos a abordar confluyen numerosas disciplinas: la historia, la antropología, la medicina, la psicología, la filosofía, la religión, la sociología, la literatura y las artes plásticas, puesto que solo a través de todas ellas cabe llevar a cabo una indagación sobre este yo maldito que, como el demonio de Sócrates o el «gusano invisible» de Blake, nos acompaña des-

de la cuna hasta la sepultura; y no es malo conocerlo, porque si a veces grandes hombres se han visto tentados a pactar con el diablo, cuando el diablo lo llevamos dentro y no podemos desprendernos de él el pacto deviene imprescindible. Con todo, sería injusto reducir esta historia a unos cuantos hombres y mujeres extraordinarios que son hitos en la historia del *mal de vivre*: procuraremos no dejar de lado a la multitud de seres que, sin compartir su fama, su talento o su genio, han compartido sus sufrimientos. Reconozcamos que la relación de la melancolía con la sociología ha sido uno de los extremos que más han tardado en ser abordados.

Aunque buena parte del mundo que se cree «sano» todavía suele reducir este mal al *spleen* de un grupo de estetas malhumorados capaces de verbalizarlo, basta con recordar la posición de la OMS, según la cual la depresión está destinada a convertirse en la «enfermedad reina» de la humanidad (por encima del cáncer) en los años que se avecinan<sup>7</sup>, para reconocer que la angustia bajo todas sus formas es absolutamente democrática.